



Libros *y rosquillas*

El libro es el gran tótem de nuestra civilización. Sólo así puede explicarse su resistencia a todas las asechanzas y campañas de desprestigio que ha sufrido a lo largo de los siglos, desde las hogueras inquisitoriales a las proclamas tarabanas de unos cuantos apóstoles del progreso que anuncian su inmediata extinción. Pero los más acérrimos acosos que el libro ha sufrido no han llegado desde instancias exteriores; la persecución feroz de la censura, la veleidad de gobernantes ágrafos, la entronización de nuevas tecnologías se quedan reducidas a una futesa si las comparamos con la inmisericorde labor de zapa que editores sin escrúpulos han realizado, acogiendo bajo el formato de libro los más cochambrosos dislates, las más pavorosas mamarrachadas. Amparándose en el arraigo de aquella sentencia falaz de Plinio (“no hay un libro malo que no tenga algo bueno”), divulgada entre nosotros por Cervantes, el libro ha prestado su continente a los engendros más miserables, nacidos de la incuria intelectual, el despoblamiento neuronal y la utilización espuria de ciertas modas oligofrénicas.

El libro es el gran tótem de nuestra civilización. Sólo aceptando esta premisa podemos comprender que haya sobrevivido al asalto incesante de los aprovechadillos que han querido hacer negocio a su costa. Basta escrutar la mesa de novedades de cualquier librería para desmentir aquella aseveración optimista de Plinio: por desgracia, comparecen allí demasiados libros que no contienen nada bueno, fuera del recipiente al que profesamos nuestra obstinada veneración. Si prolongamos nuestro escrutinio a la mercancía que se exhibe en cualquiera de las decenas o cientos de “ferias” del libro que ilustran nuestros parques y jardines durante la estación de la primavera, el resultado aún resulta más angustioso.

La proliferación de chismes encuadernados que desmienten y refutan la misión primigenia del libro como vehículo transmisor de conocimiento y belleza alcanza cúspides de pesadilla. Cada vez son más los chismes encuadernados que nacen al amparo de una moda consumista o un sobresalto mediático. Cada vez con menor rebozo, personajillos de dudoso fuste enhebran sus eyaculaciones mentales y las entregan a un editor que, tras despojarlas de anacolutos y solecismos y otros estropicios sintácticos, las multiplica en una imprenta. Futurólogos mariposones, estrellitas o asteroides televisivos que regentan programas tremebundos, botarates esotéricos envueltos en la Sábana Santa, nietas de Franco en el trance de la menopausia, todo un cafarnameum de seres lindantes con el analfabetismo quieren extender las

Cada vez son más los chismes encuadernados que nacen al amparo de una moda consumista o un sobresalto mediático.

ramificaciones de su fama vomitiva profanando el sagrado recinto del libro. Y lo más descorazonador del asunto es que, encima, venden sus eyaculaciones como si fuesen rosquillas, de tal modo que sus editores terminan exigiendo a los escritores verdaderos que se comporten como ellos, en un ejercicio de mimetismo denigrante.

El libro, en efecto, es el tótem de nuestra civilización. Sólo así se explica que haya mantenido su prestigio incólume, ante el pedrisco de intrusos que se han apropiado de su formato para endosarnos sus monsergas tartamudas. Pero no son estos advenedizos procedentes del famoseo y sus regiones limítrofes los únicos que enfangan y envilecen este objeto sagrado. En los últimos años se han puesto también de moda, por ejemplo, los nefastos libros-píldora, donde un editor sin escrúpulos trocea la obra de nuestros clásicos y selecciona aquellas frasecitas que le parecen más rimbombantes o lapidarias. Y existen los llamados “manuales de autoayuda”, una especie de prontuarios para tullidos mentales que se venden como rosquillas, quizá porque hay tantas personas necias como rosquillas. ¡Ah, libro, cuántas tropelías se cometen en tu nombre! ■